

CAPITULO III

IMPULSOS DESTRUCTIVOS Y SU RELACION CON LA ACCIDENTABILIDAD

III - IMPULSOS DESTRUCTIVOS Y SU RELACION CON LA ACCIDENTABILIDAD.

«Pues lo que todo el mundo prevee con harta antelación acaba siempre sucediendo al fin: estupidez inextinguible, a la que desde ahora se llama destino.»

MAX FRISCH : Cándido y los incendiarios.

¿Por qué se accidentan las personas?

La seguridad en el trabajo constituye una inversión permanente, una preocupación por los recursos humanos y una visión de futuro. Nadie discute en la actualidad su validez y legitimidad. Sin embargo, dentro de la evolución que ha tenido la prevención de riesgos, es conveniente dar nuevos pasos.

La ciencia psicológica ha hecho importantes aportes a la seguridad en el trabajo y a la prevención de riesgos. Así es, como se han diseñado programas de capacitación en diversas materias o esquemas muy interesantes frente a la solución de conflictos y en forma paralela, se ha tratado de reducir la accidentabilidad mediante diversos procedimientos. Pese a todo ello queda un grupo importante de personas que se accidentan, por lo que, como prevencionistas, debemos abordar el problema y buscar soluciones que permitan minimizar la accidentabilidad y maximizar la seguridad.

La modificación conductual es esencial para la prevención de riesgos de accidentes. Sabemos que un alto porcentaje de accidentes se produce por falla humana y muchos de ellos en situaciones que no implican riesgos. Sin embargo y contra toda explicación racional, se cometen errores increíbles y luego de ocurrido el accidente sus protagonistas se recriminan inconsolablemente. ¿Qué ha ocurrido en estos casos? La respuesta nos la da la psicología, que en una de sus múltiples áreas estudia estos fenómenos. Generalmente las víctimas tienen la información suficiente para evitar lo ocurrido, sin embargo su capacitación en ese instante pareciera haberse olvidado. Hace pocos días un funcionario de una empresa, al poco rato de haber leído un instructivo acerca de una serie de conductas altamente peligrosas relacionadas con la reparación de su máquina, realiza justamente una de ellas, introduce sus dedos en un rodillo, fracturándose los dedos. Los seres humanos somos portadores de núcleos constructivos y destructivos en nuestra personalidad. Los impulsos destructivos se encuentran en algunas personas sublimados, es decir, satisfaciéndose en su equivalente. En el caso

de la agresividad, ésta se puede sublimar presenciando una pelea de boxeo, por ejemplo. De algún modo, nuestra agresividad se satisface en el «nockout» de uno de los pugilistas. Cabe señalar que el «nockout» no es otra cosa que un traumatismo craneoencefálico.

Sin embargo, estos canales de sublimación de la agresividad a veces son rebasados. Un reportaje publicado en la Revista Master N° 44, de junio de 1990, afirma que entre el lunes 16 de abril y el viernes 20 del mismo mes, entre las 14.00 y 20.30 hrs., que se supone que es el horario de mayor audiencia infantil, se mostraron «2.738 escenas de sexo, manifestaciones físicas, violaciones, relaciones ilícitas y de violencia en los canales de televisión». Este hecho no es una posibilidad de sublimar la agresividad, sino una forma de estimularla. Así es, como desde los primeros años se van imprimiendo en la mente del niño verdaderos «cassettes», que con el correr de los años los sigue escuchando en diferentes versiones.

*"El mundo fue hecho en siete días.
Hace mil años que están tratando de deshacerlo."*

MEL BROOKS

¿Cuál es el curso que sigue esta agresividad? Como es lógico suponer, consciente o inconscientemente, se va a expresar. Sería difícil que yo le dijera a usted: «Qué ganas de verlo caer al suelo» y a continuación lo invitara a transitar por un terreno empedrado para gozar con un costalazo, porque lo más probable es que su razón intervenga y con asombro rechace la solicitud. Sin embargo, puedo darme «el mismo gusto» dejando la alfombra rota en el pasadizo, con el fin de que introduzca el pie y se caiga. O bien, «negando» la existencia de un problema real. Por ejemplo, en los tiempos de la epidemia del cólera, comer ceviche en el mercado y supuestamente como autoridad decir: «¿Se dan cuenta? No ocurre nada». Aquí estaría satisfaciendo no tan sólo los núcleos destructivos, sino también los autodestructivos. ¿No es acaso una agresión el no usar una goma antideslizante en el baño, o no tener los utensilios de cocina con mangos aislantes? Pues bien, a partir de este momento, si no corrige estos dos errores será usted un autodestructivo.

Sigmund Freud planteó que todos esos comportamientos aparentemente sin importancia, equivocaciones, olvidos de nombres, omisiones etc., permiten conocer el inconsciente y tienen un sentido muy claro. En todos estos casos, Freud descubrió la presencia de una tendencia inconsciente actuando contra la voluntad.

El profesor que a primera hora dice a sus alumnos «Buenas noches jóvenes», de alguna manera quiere que el día se termine. De igual modo, la persona que escribe Fraude en vez de Freud, piensa que el autor es un Fraude

y lo agrede inconscientemente con esta leve equivocación; como el novio que decide pedir la mano a su futura prometida y en formal ceremonia le dice a su suegro «Vengo a pedirle un pedazo de lija», en vez de decirle «Vengo a pedirle la mano de su hija».

Otra forma de agredir inconsciente puede ser, en el trabajo, el olvido de traer las llaves para abrir una oficina, de ese modo le complicará la vida a un grupo de personas que tendrá que prolongar su jornada para cumplir sus labores. Paul Watzlavick (22), en su libro «El arte de amargarse la vida», cuenta el siguientes caso: « Un hombre, quiere colgar un cuadro. Tiene el cuadro y el clavo, pero le falta el martillo. El vecino tiene uno. Así, pues, nuestro hombre decide pedir al vecino que le preste el martillo. Pero le asalta una duda: ¿Y si no quiere prestármelo? Ahora recuerdo que ayer me saludó algo distraído. Quizás tenía prisa. Pero quizás la prisa no era más que un pretexto, y el hombre abriga algo contra mí. ¿Qué puede ser? Yo no le he hecho nada, algo se habrá metido en la cabeza. Si alguien me pidiese prestada una herramienta , yo se la dejaría enseguida. ¿Por qué no ha de hacerlo él? ¿Cómo puede uno negarse a hacer un favor tan sencillo a otro? Tipos como éste le amargan a uno la vida. Y luego se imagina todavía que dependo de él. Sólo porque tiene un martillo. Esto ya es el colmo». Así nuestro hombre sale precipitado a la casa del vecino, toca el timbre, se abre la puerta y antes de que el vecino tenga tiempo de decir «Buenos días», nuestro hombre le grita furioso: «¡Quédese usted con su martillo!».

Pero también existen las autoagresiones más manifiestas. Las estadísticas revelan que hay una tendencia importante a que se repitan los accidentes en las mismas personas. Vienen a ser el equivalente de «suicidios parciales». Existen formas normales de agredirse, por ejemplo, viendo una película de miedo, o una teleserie dramática. En estos casos nuestro masoquismo se ha sublimado por canales socialmente aceptables y constructivos; del mismo modo podemos satisfacer este impulso, siendo hinchas fervientes de un club de fútbol que ocupa un lugar bajo en la tabla de posiciones, ahí puede sufrir viéndolo perder domingo a domingo, o escuchando antiguas melodías de románticas letras que llaman a un momento de melancolía.

*«Nuestras más dulces canciones son
aquellas que mencionan
los pensamientos más tristes».*

PERCY SHELLEY, poeta inglés (1792 - 1822).

Los impulsos autodestructivos se disfrazan de múltiples formas. Una de ellas, y tal vez la que produce un número importante de accidentes, es la osadía, la imprudencia. Existen personas con un alto grado de exhibicionismo, que necesitan llamar la atención. Compran el afecto de los demás a costa de su vida o demuestran «ser superiores» mediante la búsqueda del riesgo. Es

posible que en algunas ocasiones tengan éxito y que sin embargo, en otras fallen, y lo hagan para siempre. Pero mientras tanto han sido muy agresivos y con su «Ejemplo» han llevado a otros a imitarlos. Recordemos que una gran cantidad de conductas las aprendemos por imitación. ¿Acaso no es una agresión enseñarle a alguien algo malo? Existen formas más sutiles de ser autodestructivo, por ejemplo, la autodestrucción se viste de sueño, que lleva a la persona a dormirse y a realizar una acción imprudente; también se puede disfrazar de inquietud y sentir la imperiosa necesidad de «sacar una pelusa», que plácidamente descansa en un rodillo y que invita a la persona a introducir sus dedos y correr el riesgo de accidentarse. Luego de realizar una acción insegura con consecuencias de accidentes, las personas suelen explicar lo ocurrido con afirmaciones como las siguientes: «Fue un verdadero impulso superior a mí, meter la mano». «Como que me dirigieron a hacer lo que hice». Otras formas más burdas de autoagresión son, por ejemplo, cruzar un semáforo con luz roja, con el fin de vivir la emoción de hacerlo. ¿Cómo prevenir estos accidentes?. Difícil tarea, más aún si en la actualidad se está oficializando la autodestrucción y la agresividad. Recientemente en Estados Unidos, Derek Humphry escribió un libro que no es otra cosa que un manual para suicidarse. En él se descartan algunas formas y se sugieren otras. El suicidio es el acto de máxima autoagresión que puede desarrollar un ser humano. Pero existen suicidios parciales, que son los accidentes habituales, equivalen a pequeñas válvulas de escape de agresividad contra sí mismo o contra la propiedad, son los incidentes que no presentan daños o lesiones visibles

3.1 Programa de psicoprevención

Desde hace algún tiempo hemos tratado profesionalmente a grupos de empleados que con frecuencia se accidentan. En una primera etapa les enseñamos lo que es el inconsciente y cómo las personas se las «ingenian» para sufrir algún accidente. Les explicamos lo que son los mecanismos de defensa, cómo operan los núcleos autodestructivos de la personalidad y diferentes aspectos de la dinámica psicológica del hombre. Esta etapa viene a ser una introducción a la psicología. Luego, viene el análisis de accidentes que hayan tenido los participantes. En esta fase no tan sólo hacemos un análisis exhaustivo de cada acción insegura, sino que vamos interpretando psicológicamente cada conducta, lo hacemos a la luz de lo que son los núcleos destructivos de la personalidad. Finalmente, les damos la «tarea paradójica». Consiste en inventar, todas aquellas formas como se pueden accidentar y describir todos los errores, torpezas y acciones inseguras que pueden realizar.

La metodología en estas sesiones, que hemos llamado «preventivo terapéutico», se lleva a cabo en el contexto de la paradoja, con un lenguaje metafórico y dejando muy explícito el mensaje que va implícito; es decir, todo aquello que se insinúa, pero no se verbaliza. Es importante en este

procedimiento la utilización del humor mediante dramatizaciones, exageraciones, simulaciones y lo que es fundamental la organización, planificación y «diseño de un accidente». Como consecuencia de este procedimiento, en el momento de sentir el deseo o impulso de realizar una acción insegura, surge mentalmente el «esquema preventivo-terapéutico», dando como resultado una acción segura.

Las técnicas empleadas en este tipo de trabajo apuntan principalmente al hemisferio derecho de nuestro cerebro. Sabemos, por los avances e investigaciones de la Neuropsicología, que este hemisferio derecho es analógico, paradójico, emocional y metafórico. Dando una mirada retrospectiva, la prevención de riesgos ha apuntado siempre al hemisferio izquierdo de nuestro cerebro. Este hemisferio es lógico, ordenado y racional. La psicología puede brindar a la prevención de riesgos, la posibilidad de utilizar otras áreas cerebrales, en pro de la seguridad. Las técnicas paradójicas y específicamente la intención paradójica la usamos actualmente con mucho éxito en clínica. Así es como rebeldes síntomas ceden en corto tiempo. En casos de colapsofobias, como también en conflictos de pareja, cuyo motivo de consultas son las peleas constantes, las invitamos a desmayarse o pelear respectivamente y en el momento que tratan de hacerlo no lo pueden lograr, eliminándose así el síntoma. Estas mismas técnicas paradójicas las estamos haciendo extensivas al ámbito laboral. Observaciones y mediciones realizadas después de un año, en grupos de alta accidentabilidad, revelan resultados estimados como muy satisfactorios.

Es importante conocer los ropajes de los impulsos destructivos. Se visten de ignorancia, de descalificación, de osadía o imprudencia. La siguiente reflexión árabe ilustra lo planteado:

El que sabe y no sabe que sabe está dormido... ¡Despiértalo!

El que no sabe y sabe que no sabe es un humilde ... ¡Ayúdalo!

El que no sabe y cree que sabe es un necio... ¡Húyele!

El que sabe y sabe que sabe es un sabio... ¡Síguele!.

Estos consejos son sin duda una genial intuición y constituyen una verdadera desiderata de Psicoprevención.

Los accidentes en general no son otra cosa que una expresión de agresividad. Vivimos en un mundo cada día mas destructivo.

Resulta muy interesante conocer al respecto, el caso de los Senoi, de Malasia. Cada miembro de la familia cuenta sus sueños al jefe de hogar, luego los presenta ante el consejo tribal para tomar posteriormente decisiones. Pero eso no es todo, en esta cultura no hay enfermos mentales ni violencia y muy pocas enfermedades físicas. Cabe preguntarse ¿Qué ocurre en esta cultura? La vida esta orientada por el inconciente, que es el deposito de experiencias de la humanidad, fuente de riqueza de la vida.

CAPITULO IV

PREVENCION Y PSICOLOGIA DE LA EMERGENCIA

IV - PREVENCIÓN Y PSICOLOGÍA DE LA EMERGENCIA.

*"El destino baraja las cartas,
pero nosotros las jugamos".*
ARTHUR SCHOPENHAUER

En el umbral del siglo XXI, el hombre contemporáneo vive los bruscos efectos del progreso, alcanzado por los avances científicos y el desarrollo tecnológico. En medio de un acelerado ritmo de vida, realiza múltiples actividades cotidianas. La furiosa tormenta del cambio a diario adquiere más fuerza. Así lo advierte Alvin Toffler, (19), en su libro «El Shock del Futuro», y esto lleva también al hombre a estar más expuesto a enfrentar situaciones de emergencia, sin considerar los desastres naturales que frecuentemente azotan nuestro planeta. La invención de sofisticados aparatos, la creación de grandes industrias, la construcción de verdaderas ciudades verticales, con sus respectivos nuevos riesgos, han llamado la atención a los expertos en prevención. Se han dictado normas de seguridad, realizando exitosos programas de prevención de accidentes, capacitando mediante cursos, charlas, afiches, etc. Por su parte, los psicólogos industriales y expertos en prevención se han preocupado de la selección de personal y de un riguroso análisis técnico de posibles riesgos debido al comportamiento de gases, ácidos y sustancias químicas y, en general, inculcando respeto por las normas de prevención de accidentes y riesgos. Es innegable que para la validez y eficiencia de estos trabajos no sólo existe un antes de la emergencia, sino un durante y un después.

El presente capítulo está orientado al comportamiento humano en el momento de enfrentar el peligro, es decir, al durante. ¿Qué ocurre en el instante que percibimos y nos damos cuenta que está peligrando nuestra integridad física o incluso nuestra vida? ¿Cómo diagnosticamos y cómo tratamos la situación adecuadamente para evitar una catástrofe? La respuesta nos la da la Psicología de la Emergencia, que ha surgido como una necesidad para evitar tragedias mayores.

A través de mi labor profesional y de mi participación en miles de situaciones de riesgo, he observado que una de las principales causas de tragedia es el descontrol de la conducta humana. Afirmé hace pocos años que las desgracias mayores ocurren por la reacción psicológica de la persona y no por el suceso inicial. Hoy éste es uno de los principios de la Psicología de la Emergencia. La casuística y experiencia lo comprueban. Esto significa

que no podemos permanecer indiferentes ante esta situación sino, muy por el contrario, debemos señalar estrategias que permitan evitar riesgos mayores o desgracias eventuales. Para ello, lo fundamental es la prevención, entendida como «el conjunto de medidas tendientes a evitar la aparición u ocurrencia de un suceso que atente contra la vida o propiedad, y que ponga en riesgo la integridad física y psicológica de las personas». Por ejemplo, investigaciones recientes han detectado una enorme cantidad de agentes contaminantes interiores, causantes de síntomas que van desde la irritación de las vías respiratorias a la fatiga, con todas las consecuencias que ello implica. A estos lugares se les ha denominado "edificios enfermos". En sus ductos de aire helado o caliente existen condiciones para la proliferación de agentes patógenos, colonias microbianas, etc, estos luego se distribuyen. Un programa de prevención consistiría en hacer mantención a los equipos encargados de la temperatura; tratar las aguas; prohibir el hábito de fumar y usar electricidad en vez de combustibles tóxicos. Esta definición y este ejemplo corresponde a lo que en salud llamamos prevención primaria, y que los expertos en seguridad administran eficientemente mediante un conjunto de normas y sugerencias que plantean. Este concepto, aplicado a la Psicología de la Emergencia significa lograr que la comunidad evite riesgos, considerando:

- 1º Que los riesgos existen y que su conducta será decisiva para evitar un trágico desenlace.
- 2º Que debe recordar lo que ha hecho durante un terremoto, incendio u otra emergencia, de modo que esta información no le sea ajena.
- 3º Que tiene que corregir mentalmente sus errores y así quedar en condiciones de mejorar su conducta en una situación similar.
- 4º Que conviene imaginar una situación de emergencia en algún lugar frecuentado por público e idear una actuación adecuada.

Estudios psicológicos, realizados por diferentes autores, revelan el valor y el poder de las imágenes en el comportamiento humano.

A menudo, cuando tenemos que enfrentar una entrevista o un examen, por ejemplo, nos imaginamos cómo va a ser nuestro comportamiento y cómo responderíamos frente a tal o cual pregunta o situación que se nos plantee. El efecto de esta modalidad es que nos permite familiarizarnos, de algún modo, con la situación y en el momento de enfrentarla ya no nos parece tan desconocida. Sabido es que el contacto permanente con un objeto o estímulo permite a la persona un dominio frente a éste, y a la vez una percepción confiable. Las alteraciones que ocurren en el organismo tienen que ver con las emociones e imágenes. Un estímulo emocional produce una acción del

hipotálamo sobre el cuerpo. En la medida que este estímulo se repite, la reacción va siendo más adecuada, calmada y prudente. Si bien coloco especial énfasis en este procedimiento de prevención primaria de accidentes y riesgos, es igual de relevante tener presente que la prevención primaria puede ser sobrepasada por una emergencia, lo que significa que pese a tomar todas las medidas de seguridad y normas de prevención de riesgos se produce un siniestro; ahí aparece la prevención secundaria. En salud, se define como el diagnóstico precoz y el tratamiento oportuno. Aplicando esta definición a la prevención de accidentes y riesgos, diríamos que es el principal campo de la Psicología de la Emergencia. He sostenido que todas las normas de prevención han estado orientadas al «antes» de una emergencia y que no debemos olvidar que existe un «durante» y un «después». Las desgracias ocurren en un porcentaje importante por la reacción psicológica de las personas frente a una situación peligrosa, o incluso neutral a veces, más que por las consecuencias iniciales. Las dos personas que se lanzaron al vacío en la Torre Santa María, durante el siniestro que afectó a ese edificio, no tenían para que hacerlo, sin embargo, su conciencia sufrió un verdadero trastorno, al cambiar su relación con el vacío. Recordemos también que en el incendio de la Torre de Brasil, 30 personas hicieron una mala apreciación de la situación, lo cual las llevó a un comportamiento desacertado, lanzándose al vacío con la intención de sobrevivir la caída o con la esperanza de alcanzar una escalera aérea. No controlaron su conducta y, por lo tanto, no pudieron prevenir las trágicas consecuencias que les he relatado.

En prevención secundaria, la Psicología de la Emergencia sugiere, capacitación teórica y ejercicios con aviso y sin aviso. En ambos casos se recomienda darles el carácter de simulacros. La realización de éstos lleva a los participantes a codificar y descodificar la información por el hemisferio derecho, que se caracteriza por ser emocional y analógico. La experiencia personal en relación a simulacros me indica su conveniencia y me señala su recomendación. Las confesiones posteriores de quienes han participado activamente, los comentarios de espectadores y la opinión personal como observador me llevan a señalar categóricamente las ventajas de este tipo de enseñanza y aplicación de técnicas psicológicas para vencer el miedo y la angustia en casos de peligro. Aristóteles decía que el hombre es un animal de costumbres y mucha razón tenía; en la medida que realicemos ejercicios de este tipo, nos vamos a desensibilizar frente al peligro, actuando eficazmente, impidiendo que la angustia bloquee nuestro desempeño intelectual y la fatiga colapse nuestra actuación.

" El mundo exige resultados.

No les cuentes a otros tus dolores de parto.

Muestrales al niño "

A.H.G

La prevención, ya sea primaria, secundaria o terciaria, constituye una inversión tanto de carácter humano y social, como laboral y económico.

Pensemos por un momento en el conjunto de hechos que se desencadenan cuando se produce un accidente. Junto al dolor y costo humano de quien lo produce, está su familia, que experimenta una crisis y alteración en su dinámica; laboralmente se afecta la armonía del trabajo y económicamente resulta mucho más caro que haber realizado un programa de prevención. Pero esto no es todo. En reiteradas ocasiones he debido realizar programas de prevención terciaria, es decir, rehabilitar no tan sólo al afectado directo, sino a grupos de funcionarios que, traumatizados por lo que han presenciado, ven entorpecido su normal desempeño. No pretendo entrar en estadísticas en este trabajo, ya que pienso que es materia de otros profesionales; sin embargo, puedo afirmar que tan sólo falta darse cuenta de los beneficios de la capacitación y de las ventajas de la prevención. Tanto antes de una emergencia, como en el momento en que ésta se produce y después de ella también. Hace pocos días, me contaba un familiar, que para el terremoto de 1960, en el Sur de Chile, un psicólogo sugirió, y con mucho éxito, que la banda local tocara la retreta dominical. Al principio hubo críticas, luego todos comprendieron el valor catártico de la música.

La Psicología de la Emergencia, rama emergente de la Psicología General, debe ser considerada como una psicoprevención que pretende diseñar estrategias que ojalá nunca las tengamos que usar, pero que la realidad indica que son necesarias cuando se produce una catástrofe. Las consecuencias postemergencia, a veces, son peores que la emergencia misma: traumas y reacciones psicológicas del más variado tipo, que duran horas, semanas y en algunos casos toda la vida. Por ello la seguridad, sea ésta en el hogar, colegio, industria o donde quiera se esté, es un proceso que debe estar presente en toda actividad con el fin de evitar daños físicos y psicológicos en las personas. El mundo actual es un « mundo de emergencia». La prevención puede minimizar los riesgos y por consiguiente disminuir el sufrimiento, como podemos apreciar, la Psicología de la Emergencia implica un aspecto espiritual.

CAPITULO V

FACTORES QUE FACILITAN LA ACCIDENTABILIDAD

V - FACTORES QUE FACILITAN LA ACCIDENTABILIDAD.

*"Nunca seré feliz si no controlo mis sentimientos,
si estropeo mi jornada por una raya en el coche,
por una palabra airada en casa, por un error profesional,
por un resultado adverso.
Nunca seré feliz, si soy víctima de mis emociones".*

PHIL BOSMANS

La pérdida potencial de vida y el aumento de la accidentabilidad son dos variables que requieren de nuestra atención. En algún momento del tiempo el hombre emerge en la naturaleza, enfrentando peligros y riesgos diversos. En un principio, fueron fieras voraces y feroces y un medio ambiente hostil que la naturaleza le imponía. Hoy, en cambio, a diario se crean nuevos aparatos que traen consigo riesgos inéditos, que se ocultan sigilosamente, que se encubren en la propaganda, en el esnobismo y la inconsciencia, que tornan más arriesgado el diario vivir. Desde la Segunda Guerra Mundial a la fecha la producción de sustancias químicas sintéticas ha aumentado 350 veces. «No sólo la sobredosis de estímulos ni el estrés urbano, deja huellas en el sujeto que desarrolla un estilo de vida superactivo, defensivo y febril», afirma Ridruejo (15), sino también «el tono de deshumanización que acarrea la tecnificación». La preocupación sólo por la producción y no por la productividad que no considera aspectos como mínimas incomodidades, leves dolores o pequeñas molestias producidas por situaciones de trabajo incómodas constituyen una condición que favorece la accidentabilidad. Cosa similar ocurre cuando se trabaja en lugares portadores de niveles extremadamente bajos de algunas sustancias químicas. En estos casos, se produce el llamado Síndrome de Sensibilidad Química. Su sintomatología es variada, dolores de cabeza, alteraciones menstruales, resfrios, irritación mucosa, insomnio, etc. En este contexto debemos situarnos, para identificar los diversos elementos que facilitan la existencia de riesgos innecesarios. Embebidos por la velocidad rutinaria, padecemos de una patología autodestructiva, que facilita la ocurrencia de accidentes y el descontrol en el momento en que se produce una emergencia. La indiferencia frente al peligro es uno de los signos de los tiempos. Ya no nos asombramos, sólo reaccionamos frente al peligro de seres muy cercanos.

Pero esto no es una casualidad. A veces, detrás de esta actitud existen numerosas causas. Simmel (19), sostiene que «si el individuo urbano se

relacionase emocionalmente con todas y cada una de las personas con quienes entra en contacto, o llenase su cerebro de información sobre todas ellas, se desintegraría interiormente por completo, caería en estado mental de inconsciencia». Del mismo modo, pareciera que si nos preocupáramos de los riesgos numerosos, cada día en aumento, o de actuar adecuadamente, cuando nos enfrentamos a peligros, también nos desintegraríamos emocionalmente, a lo mejor por un miedo intenso. Esto nos lleva defensivamente a negar los peligros y, por lo tanto, a estar más expuestos a ellos. La mayor parte de los accidentes es por falla humana y el lugar más frecuente es el hogar, donde indiferentemente y familiarizados con los peligros, nos hacemos solidarios a sus consecuencias. ¿No es esto acaso una negación, el ver todos los días una situación riesgosa y no remediarla?. Sabio ejemplo nos da el avestruz cuando esconde su cabeza para huir del peligro.

Bandura (1) afirma que la psicología no le puede decir a la gente cómo debe vivir, pero sí le puede proporcionar los medios para promover cambios personales y sociales. También señala que la psicología muestra las consecuencias que ciertos hechos tienen. El pensamiento de este psicólogo es de gran importancia para la Psicología de la Emergencia. Hoy en día no es una sugerencia, sino una necesidad crear una filosofía de la prevención, una prédica de la prudencia y un control del comportamiento personal. La antigua sinfonía de insignificantes peligros, ha sido reemplazada por un concierto disarmónico, de riesgos permanentes que, en sus múltiples melodías, constituyen las emergencias actuales.

En la VII Jornada Latinoamericana de Seguridad e Higiene en el Trabajo, el Licenciado Basombrio (2), de Argentina, dijo; «Pretendemos llegar a buenos resultados haciendo cosas malas». Esta afirmación es digna de analizar no sólo porque es una realidad, sino porque muestra cómo, desde el punto de vista psicológico, pareciera que buscáramos en forma autodestructiva el exponernos a riesgos y el tener accidentes. Es interesante mencionar que numerosas observaciones muestran que se accidentan generalmente las mismas personas. Cuando veamos a uno de nuestros funcionarios en la industria o fábrica que ha descubierto un sistema que aumenta la producción, a costa de riesgos no lo autoricemos; corriámoslo y observémoslo. Inconscientemente quiere accidentarse; busca ser héroe a costa de su sufrimiento; requiere en forma urgente atención psicológica. Lo que en la historia ocurre por primera vez como tragedia, cuando se repite lo llamamos coincidencia. La experiencia profesional lleva a plantear que los adultos realizan intentos de suicidio muy a menudo, que a veces se concretan. Torpezas increíbles, conclusiones ilógicas o racionios espantosos he escuchado en personas que, luego de accidentarse, me ha correspondido entrevistar. No se explican cómo han hecho lo que hicieron. Especial mención merecen los accidentes automovilísticos, que son a mi juicio una franca y manifiesta acción suicida.

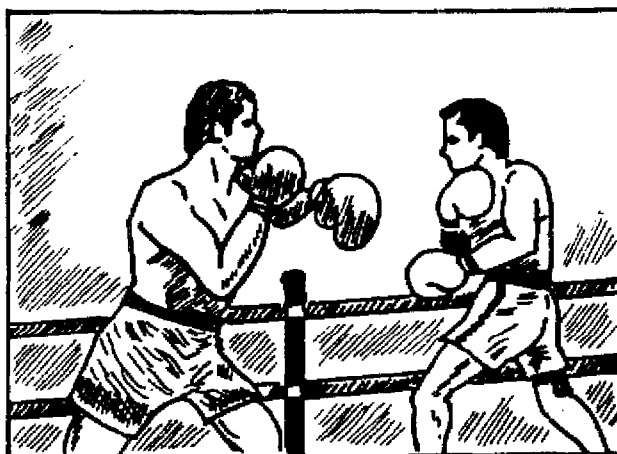
Hace poco tiempo y como una de las expresiones máximas de autodestrucción, jóvenes inventaron un juego mortal que consistía en pasar luces rojas y transitar por la pista contraria. Si analizamos esta conducta desde el punto de vista psicológico, significa no tan sólo un intento de suicidio, sino una expresión de agresividad para quien aparezca frente a ellos.

El acelerado ritmo de la vida actual presiona al hombre medio para que actúe sin reflexionar. Esto generalmente lleva a cometer errores. Los dichos populares o refranes, encierran gran sabiduría. No es raro escuchar en la actualidad al jefe que entrega un trabajo a su secretaria y expresa sonriente a continuación... «Tiene que estar listo para ayer». De este modo da a entender la premura del tiempo que lo aflige. O al pasajero que sube a un taxi y le dice a su conductor: «Apúrese, ya debiera estar allá». El exceso de trabajo no tan solo aumenta la probabilidad de accidentes, si no que, incluso puede provocar hasta la muerte. En Japón se habla en la actualidad de este problema y se le llama Síndrome de Karoshi.

Vivimos en emergencia. Algunos autores definen una emergencia, como la combinación imprevista de circunstancias que podrían dar como resultado un peligro a la vida humana, para la integridad física o psicológica. Pero más expuestos a emergencias estamos si nuestra actitud es de indiferencia frente al peligro. El mundo nos ha llevado a perder el asombro frente a los riesgos debido a la frecuencia con que ellos se producen. Nadie se consterna cuando escucha una noticia dramática. Esto es grave y requiere atención. De lo contrario se corre el riesgo de que el apocalipsis cotidiano, sume día a día más víctimas y nos mimetice con la destrucción. La violencia, factor desencadenante de emergencias, va generando el sentimiento que la forma de obtener éxito es agrediendo. En ocasiones esta agresión a los demás es inconsciente y puede incluso tener como costo previo una autoagresión. Por ejemplo, el trabajador que, a raíz de sus arriesgadas conductas, somete a sus colegas a un intenso estrés luego de accidentarse. ¿No es acaso una agresión inconsciente a sus colegas que para materializarla requirió de una autoagresión previa?

5.1 EL REFUERZO SOCIAL FRENTE AL RIESGO

Una de las formas más agresivas de estimular los peligros y facilitar los riesgos, lo constituye el refuerzo a las acciones inseguras o destructivas. Cierta tipo



de propaganda que asocia el éxito con el peligro, el vicio con la destreza o el destacar con la imprudencia o bien aquellos comerciales que muestran a una buena mozañña o un musculoso joven realizando acciones que en la práctica serían suicidas, pero que en el réclame aparecen vinculados al éxito.

Hace poco me correspondió examinar a un payaso que, durante 25 años, divirtió al público a costa de sus caídas, muchas de ellas no tan sólo dolorosas, sino traumáticas, siendo hoy portador de un deterioro psico orgánico que ha dañado significativamente sus funciones intelectuales.

Para qué hablar del síndrome del boxeador. Cada combate le genera, una verdadera encefalitis que al repetirse produce con el tiempo daño cerebral que, como sabemos, es irrecuperable. El excederse de la capacidad física o mental es un autoesfuerzo en que el sujeto se jacta de hacer algo fuera de lo habitual. Pues bien, esto produce accidentes porque baja la eficiencia, lo que trae como consecuencia un deterioro en la conducta. Como se puede apreciar el trabajo no siempre es salud.

CAPITULO VI

ROL DE LOS HEMISFERIOS CEREBRALES EN ACTUACION DE EMERGENCIA

VI - ROL DE LOS HEMISFERIOS CEREBRALES EN ACTUACION DE EMERGENCIA

Uno de los desafíos más soberbios que enfrentan los prevencionistas lo constituye la enseñanza del control de la conducta en situaciones de emergencia. La primera opción utilizada para dichos efectos ha sido la divulgación de información, la asistencia a charlas, los 5 minutos de reflexión antes de iniciar el trabajo, etc. El balance puede ser considerado bueno, pero perfectible.

La ciencia psicológica, en sus variadas ramas, ha descubierto una serie de elementos que pueden ser considerados y aplicados para el control de la conducta en emergencias. Una de ellas, llamada Neuropsicología, estudia la relación existente entre el cerebro y la conducta y las zonas cerebrales responsables de los diferentes comportamientos. Existe acuerdo entre los autores en plantear diferencias estructurales y diferencias de rendimientos frente a diferentes tareas en cada hemisferio cerebral. Así es como se ha logrado establecer, por ejemplo, que la capacidad de reconocer caras y de colocar las prendas de vestir donde corresponde está en el lóbulo occipital derecho y el lenguaje en la zona fronto temporal izquierda. También se ha concluido que el hemisferio izquierdo es el encargado de actuar y dirigir nuestro comportamiento, en toda actividad lógica, ordenada, organizada y secuencial. Por lo tanto, cuando se enfatiza la importancia de la prevención o cuando se lleva a cabo la «Operación Deyse» en un Liceo, nuestro comportamiento está determinado principalmente por el hemisferio izquierdo de nuestro cerebro. Estamos de acuerdo en que es la primera instancia o estructura mental que debemos abordar. Pero la participación constante en rescate y siniestros nos lleva a formular algunas preguntas: ¿por qué las personas se bloquean intelectualmente en el momento de enfrentar una emergencia?, ¿por qué se cometen errores increíbles que una vez terminada la catástrofe los protagonistas se recriminan? Las repuestas nos la da la Psicología de la Emergencia. En el momento de enfrentar un peligro, nuestro organismo pasa de un estado de indiferencia a un estado de máxima activación, experimentando diversos cambios fisiológicos, que traen como consecuencia cambios en lo psicológico. En estas circunstancias, nuestro comportamiento comienza a estar determinado principalmente por el hemisferio derecho que se caracteriza por ser emocional, análogo, etc. Este hemisferio es rico y autogenéticamente el más antiguo, todo nuestro pasado animal está impreso e inscrito en el.

El hombre primitivo tenía que luchar contra fieras voraces no sólo con las inclemencias de la naturaleza. La Psicología Comparada reporta hechos muy curiosos relacionados con la seguridad y la sobrevivencia. Cuando un barco va a naufragar los roedores suben a la cubierta; los marinos están siempre atentos a este fenómeno.

En Japón hay estudios y evidencias muy interesantes que muestran cómo los perros predicen los terremotos. Esto no es racional sino biológico-emocional y está al servicio de la prevención y seguridad.

En síntesis, podemos afirmar que el hemisferio izquierdo procesa la información abstracta, racional, conceptual, proposicional de procesos lógicos analíticos, etc. Tiene predominancia en las tareas que involucran las matemáticas, como por ejemplo secuencia numérica; en la organización gramatical de palabras; en la coordinación motora, y en la secuencia en el tiempo (Bakan, 1971. Cit. en 16). Por otra parte, el hemisferio izquierdo regula o inhibe la ansiedad que proviene del material emocional del hemisferio derecho (Tucker, 1981. Cit. en 16).

En cambio el hemisferio derecho prevalece en tareas que regulan imágenes, actividad visual, manipulación de relaciones espaciales y comprensión simultánea de una totalidad significativa a partir de fragmentos (Sperry y otros, 1968. Cit. en 16)). Esta última afirmación concuerda totalmente con observaciones realizadas en emergencias.

Con frecuencia he visto reaccionar adecuadamente a las personas a partir de un pequeño indicador. Este indicador ha dado la pauta de la amenaza que viene a continuación. También el hemisferio derecho desempeña un papel importante en la comprensión y expresión de emociones. Los lóbulos frontales, encargados de la programación y deliberación, ante una situación problemática y nueva (como es una emergencia) «consultan con la memoria de situaciones similares archivadas a nivel del sistema límbico y trazan una estrategia, primero en hipótesis y luego en realización práctica que resuelva la situación de la manera más adecuada. Esto se plasma en la elaboración de un programa de actuación en el que se van a desarrollar dos órdenes de actividad: una simultánea (espacial), en que el programa se mantiene formando una estructura de conjunto sincrónicamente, y otra secuencia (temporal), en que el programa se va desarrollando por etapas de manera sucesiva; estas dos órdenes de actividad conviven en nuestra mente de manera que son disponibles en cualquier nivel de actuación. En la ejecución de cada etapa se realiza un contraste con los hechos anteriores archivados en la memoria y se valora el grado de discrepancia o de concordancia entre lo ejecutado en esa etapa y lo esperado según nuestra experiencia anterior (sistemas de cerebro interno), gracias a la gran riqueza de conexiones del cortex frontal con el sistema límbico a través de la formación reticular» (8).

Al enfrentar una situación de emergencia, recurrimos a nuestra memoria, a ese reservorio de experiencias y en la medida que encontremos engramas similares al que estamos enfrentando, saldremos airoso en esa situación.

Las afirmaciones señaladas por los neuropsicólogos, en relación a los roles de cada hemisferio cerebral, avalan los planteamientos formulados, a partir de nuestra experiencia en situaciones de emergencia.

Siguiendo a William James quien sostuvo que la emoción actuada tenía los mismos efectos que la auténtica, hoy mantenemos este principio y lo utilizamos en la educación de nuestros hemisferios frente a una emergencia. Hebb (9), en su libro *La Organización de la Conducta*, plantea la forma como se realiza el aprendizaje. Habla de la formación de ensamblajes celulares en las zonas secundarias de la corteza, que se activan siguiendo una secuencia de fases. La utilización repetida de una vía nerviosa hace que sea más fácil la conducción al modificarse la probabilidad de paso sináptico. La experiencia de un organismo se refleja en la facilitación para utilizar determinadas vías centrales. El aprendizaje, por lo tanto, estará dado por la utilización repetida de una vía que surgirá como consecuencia de la experiencia individual. Basados en los aportes neuropsicológicos podemos decir que la primera instrucción debe ser siempre teórica, mediante charlas; boletines de seguridad, e información acerca del uso de elementos, por ejemplo, la forma de utilizar un extintor.

Desde el punto de vista neuropsicológico, estamos trabajando con el hemisferio izquierdo principalmente. Pero no es suficiente. Luego viene el simulacro con aviso, que ya es más práctico, para concluir con el simulacro sin aviso y la inclusión de actores, que representan diversos roles, tales como heridos, muertos y personas histéricas. Este tipo de entrenamiento es la aproximación más cercana a una emergencia verdadera. De este modo estaremos educando nuestro hemisferio derecho; en otras palabras, racionalizando lo emocional y emocionalizando lo racional.

Estudios realizados por distintos autores, demuestran que en la medida que nos familiarizamos con un objeto o situación peligrosa, ésta va perdiendo sus cualidades amenazantes, lo que se traduce en un menor impacto orgánico. Sabido es que uno de los principales temores humanos es a lo desconocido. Pero nuestra enseñanza para educar los hemisferios tiene una etapa final que llamamos «entrenamiento a presión» y que consiste en someter a los participantes a un intenso estrés similar al que producen y generan los seudocolaboradores en una situación de emergencia real. Por lo general, al comienzo se observan vacilaciones y tiritones, pero al poco tiempo surgen la tranquilidad y el control.

Para ilustrar el presente trabajo, selecciono de mi casuística el siguiente caso. En una de las empresas que atiendo, se me consultó por el caso de un

vigilante, con excelentes calificaciones y requisitos, que realiza su primer turno nocturno en una caseta diseñada para dicha función. Por alguna razón, que no sabemos, se accionan los sistemas de alarma y este hombre cae en estado de shock debido al impacto. Hice tan sólo una pregunta: ¿en cuántos ejercicios prácticos ha participado el funcionario? La respuesta fue: en ninguno. Pues bien, tenía educado su hemisferio izquierdo, pero no su hemisferio derecho. Así es como una emoción ruda, como los sonidos de las alarmas, lo bloqueó y anuló. Si este funcionario hubiese sido familiarizado previamente con los sonidos de la alarma, sin duda alguna, no hubiese protagonizado dicha escena.

Los neuropsicólogos y estudiosos de la actividad hemisférica cerebral hablan en la actualidad de la memoria procedural u orgánica. En la medida que nuestro organismo practica con frecuencia una conducta, ésta pasa a ser orgánica, es decir, está tan incorporada, que se torna espontánea.

Los nuevos desafíos laborales, los peligros que incluye el progreso y los riesgos a que nos somete la vida actual con su agitado ritmo, hacen necesaria la formación de grupos de rescate, ampliamente capacitados, no tan sólo en la parte técnica sino también psicológica. Por ello capacitamos en la actualidad al personal de empresas, fábricas y colegios psicológicamente, con el fin de minimizar los riesgos y alcanzar un buen rendimiento en los rescates, que como consecuencia de un accidente se produzcan. Si bien no poseo estadísticas, el reporte cualitativo deja un saldo favorable. Se han producido emergencias y el comportamiento de los funcionarios implicados ha sido adecuado, han sabido controlar su conducta, y, lo que es más interesante de destacar en su confesión posterior, es el control emocional que han experimentado durante el peligro, lo que ha traído una baja en los índices de accidentabilidad.

